

DE TARFAYA A VILLA CISNEROS

La frontera invisible del olvido

La línea costera antes de llegar a Tarfaya es una maravillosa sucesión de acantilados contra los que bate un océano azul y blanco. Imposible resistir la tentación de asomarse al vacío, de atreverse a sentir esa fatal atracción que ofrece el bello riesgo. El eco del Atlántico bravío resuena a mi alrededor mientras recorro el borde mismo entre el ocre pedregoso y el sutil agujero sobre la nada marina.

@miquelsilvestre MIQUEL SILVESTRE

A pocos kilómetros al sur de Tarfaya se encuentra Tah. En este pequeño pueblo, aldea más bien, hay una gasolinera no siempre abastecida y un monumento que a la mayoría de los viajeros les pasa inadvertidos. Al menos así fue en mi primer viaje por estas tierras rumbo a Dakar. Consiste en dos rampas de piedra de poca altura a ambos lados de la carretera. Poca cosa. Una está dedicada a Hassan I y la otra a Hassan II. Los viejos las usan para sentarse a resguardo del sol. Casi nadie las ve al circular porque Tah no es nada más que una aldea con gasolinera mal abastecida. Yo tampoco habría reparado en este raro monumento si no me hubiera advertido previamente mi amigo Manolo *El Alquimista* Pérez Panigua, dueño del taller especializado en 4x4 Autosur en San Juan de Aznalfarache y experto en recorridos por el desierto.
—Es la frontera del Sahara Occidental. Hasta donde llegaba el pro-

ductorado español. Allí acampó la Marcha Verde en 1975 y por eso han levantado el monumento.
Cuando paso por aquí detengo la moto y trato de recordar algo al respecto. No lo consigo. No tengo recuerdos de 1975 más allá de la muerte de Franco. En realidad, parece que nuestra historia reciente tenga en ese óbito un ancho cortafuegos y que, igual que sucede con Cristo, se conozcan sólo dos periodos: antes de Franco y después de Franco. Por eso de 1975, que yo viví con apenas siete años, no tengo memoria alguna salvo ese fallecimiento y ya luego nadie se preocupó de instruirme sobre los sucesos que rodearon aquel tiempo.
La ONU había reconocido el derecho a la autodeterminación del pueblo saharauí e instaba a España, como potencia colonial, a respetarlo. Las autoridades españolas hablaron de realizar un referéndum. La respuesta de Marruecos fue la Marcha Verde. 350.000 civiles y 25.000



... y pasa lo que pasa. Al final tengo que bajarme de la moto porque sobre arena no tracciona.



Poner la tienda de campaña es fácil; hay sitio de sobras y mucha tranquilidad.



Cuando ves la cinta de asfalto perderse en el horizonte, sabes que te espera un largo y aburrido trecho.

No, no me atreveré a encaramarme por una de las dunas gigantes.



La ciudad de Al Aaiun surge en mitad de la nada como lo que siempre fue: un oasis. El centro urbano está al otro lado del puente que cruza el río

militares se acantonaron en Tarfaya en noviembre de 1975 dispuestos a cruzar la frontera fuertemente custodiada por el Ejército español. El 14 de noviembre se firmaron los Acuerdos de Madrid, por los que España cedía la administración del Sahara a Marruecos y Mauritania. El 20 de ese mes moría Franco y España tenía muchas cosas en que ocuparse dentro del país como para preocuparse de lo que pasaba tan lejos.

Desde entonces Tah es una frontera invisible, la frontera del olvido. La ciudad de Al Aaiun surge en mitad de la nada como lo que siempre fue: un oasis. El centro urbano está al otro lado del puente que cruza el río. Pero para llegar hasta él hay que cruzar también una serie de controles de la gendarmería, en la que piden todos los documentos posibles: pasaporte, seguro, permiso de circulación y la ficha, que no es sino un papel donde el viajero extranjero ha de escribir sus datos y los del vehículo, profesión, lugar de origen y destino. Conviene hacer de esta ficha más de veinte copias porque los controles son una constante en el Sahara Occidental. No son hostiles, sólo pelmas.

Normalmente los gendarmes reales en esta región son amables y educados y sólo cumplen con su trabajo. Todo el Sahara es territorio militarizado. Marruecos mantiene 350.000 hombres en el desierto y al pasear por Al Aaiun la impresión que uno tiene es que al menos la mitad están acuartelados aquí. Hay miles de uniformados. Hay también una población foránea

que circula en grandes 4x4 de color blanco con unas letras azules pintadas en las portezuelas. En ellas se puede leer ONU. Son los cascos azules de la Minurso, la misión de Naciones Unidas encargada de velar por el alto el fuego entre el Frente Polisario y el Ejército marroquí.

Al Aaiun fue una capital de provincia española hasta un año tan cercano en el tiempo como 1976, cuando se abandonó Marruecos al firmar el acuerdo tripartito de Madrid en 1975 como consecuencia de la Marcha Verde.

El Estado español mantiene la propiedad de una serie de edificios como la iglesia de San Francisco, abierta al culto, el Centro Cultural español y la Casa de España, antigua residencia de oficiales y que hoy es la única oficina de representación extranjera abierta en el Sahara y a cuyo cargo está un amable funcionario vasco: don Carlos Ismael Bengoechea. Don Carlos me recibió muy amablemente y tuvo la deferencia de llevarme en su propio coche a recorrer Al Aaiun mientras explicaba su breve historia. La ciudad fue fundada en 1938 en la margen izquierda del Sa-

guía el Hamra por dos oficiales españoles que exploraban el Sahara, el comandante Galo Bullón y el teniente coronel Antonio de Oro Pulido, que había participado como capitán en la toma de Sidi Ifni. Nuestro cicero pone particular énfasis en el retrato de estos hombres como genuinos aventureros del desierto, que sabían árabe y el dialecto de los saharauis, que habían convivido años con ellos, que aprendieron a montar a camello, que, en definitiva, se sentían auténticos nómadas.

Llegamos hasta la primera casa fuerte levantada por Antonio de Oro Pulido a la vera del oasis. Bajé del coche y me acerqué a aquel pedazo completamente olvidado de historia española enclavado en el solitario desierto. Poco más que un triste cobertizo de humilde adobe, en ruinas y abandonado, rodeado de una inmensa cantidad de basura, auténtico cáncer del planeta visible allá por donde vayas. Sentí un latigazo de tristeza. El sueño africano de Antonio de Oro Pulido a orillas de un oasis estaba convertido en un estercolero por desdén, indiferencia y quizá hasta algo de vergüenza



Un mojón en medio de la nada me indica que ya casi estoy en Dakhla.



Otro vestigio español, aunque es más moderno y actual...



Uno de los fortines españoles, actualmente abandonado.



La pequeña R50 se portó de maravilla a la hora de atravesar incluso un río.



Por desgracia la costa en algunos tramos está llena de basura de plástico. Vamos a peor...

Villa Cisneros fue la capital de la provincia española del Río de Oro hasta que en 1976 fue tomada por los mauritanos. Cuando éstos se fueron, entraron los marroquíes y arrasaron con cualquier vestigio hispano

y complejos. Me vinieron a la memoria aquellos tristísimos versos de Antonio Machado, los que sólo pudo escribir alguien a quien le dolía su patria tanto como la amaba.

“Castilla miserable,
ayer dominadora
envuelta en sus andrajos
desprecia cuanto ignora”

Villa Cisneros

El desierto y el mar son los paisajes más cambiantes que conozco. Nunca son iguales a sí mismos. Cada kilómetro es diferente al anterior. Incluso el mismo kilómetro es diferente a sí mismo cada hora que pasa. No hay dos desiertos iguales, igual que no hay dos océanos idénticos. He recorrido las inmensas extensiones boscosas de Finlandia o Canadá, la tundra de Alaska, el infinito matorral africano que allí llaman *bush*; y todos esos escenarios grandiosos al final se hicieron tediosos, interminables, aburridos. El desierto nunca aburre. Sobrecoge, estremece, inquieta, pero nunca aburre.

Según voy adentrándome en el Sahara, siento cada vez más respeto por los pioneros africanistas que en el siglo XIX exploraron en estas yermas tierras de dureza extraordinaria. Es lo que estoy sintiendo por el sin par aragonés Emilio Bonelli, verdadero inspirador de la colonización española en el Sahara y con cuyo recuerdo me topo al entrar en la maravillosa península del Río de Oro, en dirección a la ciudad que él fundara en 1884: Villa Cisneros.

El horizonte se torna dorado bajo el sol del atardecer, se extiende en un mar de arena del color del oro viejo, un plano océano que se agita aquí y allá de olas, olas de silicio molido, son las dunas, esas colinas móviles que forma el viento que aquí ruge feroz y sin desmayo, ese viento que alza las policromas velas de los kitesurfistas que surcan a toda velocidad la bahía de Dakhla y a los que yo trato de emular en un acto de locura al meter la vieja BMW por el salado barrizal.

Villa Cisneros es mi destino. La ciudad fue capital de la provincia española del Río de Oro hasta que en 1976 fue tomada por los mauritanos tras la marcha de los españoles. Cuando los mauritanos se fueron, entraron los marroquíes, pero lo hicieron sin respetar ningún derecho de propiedad preexistente español, como sí ocurre en El Aaiun o resto del Sahara norte. Por eso no queda casi nada del legado español salvo un par de fortines



abandonados y la iglesia, que los militares trataron de derribar pero que los saharauis defendieron con uñas y dientes al considerarla parte esencial de su propio pasado.

Emilio Bonelli nació en 1855 de padre italiano y madre española. Educado en Tánger, donde un tío suyo era farmacéutico, aprendió árabe, lo que le salvaría la vida cuando quedó huérfano muy joven y encontró trabajo como traductor en el consulado español de Rabat. Llamado a filas, consiguió superar las pruebas de la Academia de Infantería de Toledo y alcanzar el grado de oficial. Pero Bonelli tenía un plan. Su idea era establecer una serie de puestos españoles en el Sahara para auxiliar a los pescadores de las islas Canarias. La propuesta fue desestimada por el ministro de la guerra, pero el intrépido oficial se presentó directamente en el despacho del presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo, y le contó su proyecto. Y así es como suceden las grandes cosas, con arrojo. Cánovas del Castillo quedó impresionado con la audacia del oficial y financió su expedición con 7.500 pesetas.

En 1884, Bonelli desembarcó en la península del Río de Oro; gracias a su conocimiento del árabe y a su habilidad diplomática, negociaría con las tribus para que aceptasen la autoridad de España; ése sería el inicio real del protectorado español en el Sahara occidental. También fundaría Villa Cisneros en honor al cardenal Cisneros, ya que él había sido el primero que había propugnado una expansión ibérica en África tras concluirse la Reconquista por los Reyes Católicos. Ese plan se frustró por un hecho totalmente impredecible llevado a cabo por un conocido y controvertido marino genovés, de todos conocido. El descubrimiento de un nuevo mundo al oeste cambiaría completamente y para siempre el rumbo de nuestra política exterior en los siglos venideros.

Contemplando el océano Atlántico desde esta orilla africana, sueño con que muy pronto podré cruzar el inmenso azul para visitar el otro extremo y poder vivir y contar esa otra gran historia de nuestra exploración. América espera.